DESUBICADOS

Marcos del Rosario

En mi barrio hay un hombre que se diría que es Pablo Neruda. Lo veo a menudo con su boina calada a la altura de las cejas y sus ternos de color oscuro. Camina con paso grave y lento, como alentado por la brisa del pasado. Mientras apuro mi café a las puertas de un alto edificio de cristal, mis ojos bailan alternativamente entre la pantalla de mi celular y su figura, que pasa bajo las jacarandas cuajadas de flores violetas con las manos cruzadas a la espalda. Parece un fantasma de tiempos pretéritos, una nota discordante en esta sinfonía de cláxones y smog.

Y me produce asombro ver a alguien tan anacrónico y fuera de lugar en nuestro mundo moderno y acelerado. Hoy lo he visto de nuevo y, mientras respiraba humo, prisa y vacío, he anhelado poder volver a su tiempo cálido y calmado. Lo miro fijamente y me pregunto si la razón de sus paseos diarios no será la búsqueda de una entrada a esta realidad que le es ajena y que lo dejó atrás hace años.

Mañana, tal vez, me acerque y le invite a un café.